

Altamira como lugar habitado: Las excavaciones

J. González Echegaray, L.G. Freeman

No siempre una cueva prehistórica con profusión de pinturas y grabados rupestres lleva consigo la existencia, en su zona vestibular, de restos abundantes de una ocupación humana contemporánea a la utilización de la cueva como santuario. Este depósito sedimentario, bien estratificado, es lo que recibe el nombre de yacimiento prehistórico. En Francia, las más famosas cavernas con arte rupestre, como Lascaux, Font-de-Gaume, Les Combarelles, Trois Frères o Niaux, carecen de un yacimiento importante, en tanto que los grandes yacimientos en abrigos o cuevas del Paleolítico superior, como Laugerie Haute, La Ferrassie, Abri Pataud y, en cierta medida, hasta La Madaleine, no poseen manifestaciones artísticas significativas en sus paredes.

En España sucede algo similar: Altxerri, Covalanas, Las Chimeneas, Las Monedas, El Pindal, Candamo, o la misma Pasiega no poseen un yacimiento suficientemente relevante, si bien, la coincidencia de cavernas que albergan buenas muestras de arte rupestre con un yacimiento rico, es, quizá, más frecuente en la cornisa cantábrica que en otras zonas. Esto ocurre en Santimamiñe, El Castillo o Tito Bustillo, entre otras. Cabe señalar, de este grupo, el caso de la Cueva de Altamira que aquí nos ocupa.

No vamos ahora a reseñar con detenimiento la larga historia de las excavaciones arqueológicas en el yacimiento de la cueva de Altamira, porque ya lo hemos hecho nosotros mismos en otras ocasiones.

Digamos simplemente que las investigaciones son iniciadas por M. Sanz de Sautuola en 1876 y 1879, continuadas principalmente por H. Alcalde del Río entre 1902 y 1906, ampliadas por Obermaier en 1924 y 1925, y finalmente retomadas por J. González Echegaray, con la colaboración de L. G. Freeman, V. Cabrera y F. Bernaldo de Quirós, entre 1980-1981.

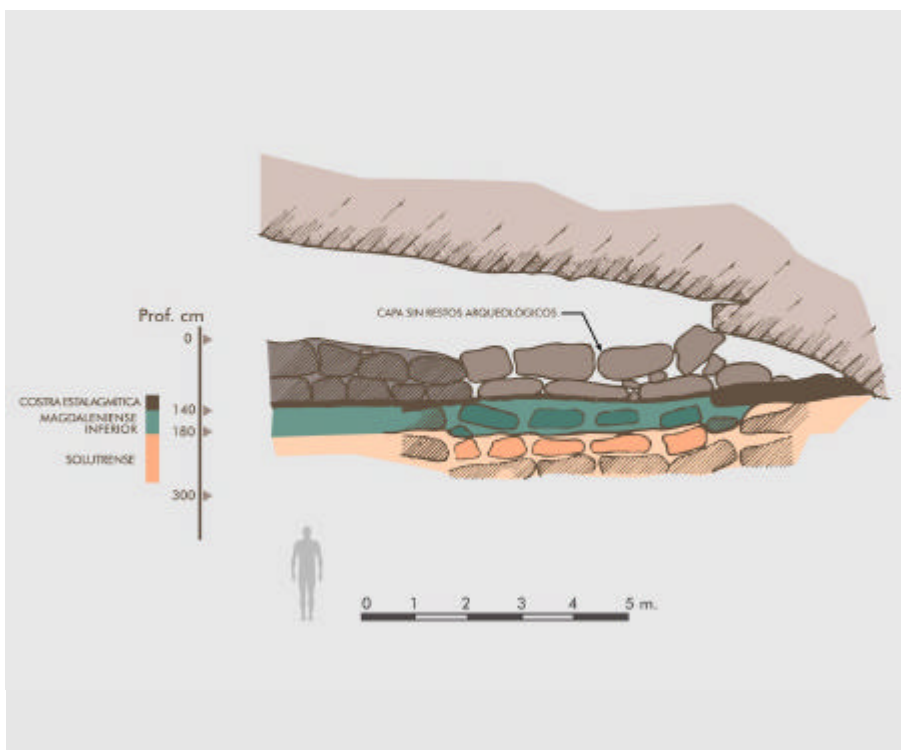


Fig. 1- Localización de la zona excavada.

Vida y derrumbamientos en Altamira

Debemos comenzar diciendo que la zona excavada del yacimiento debe de ser tan sólo una parte marginal y superficial del mismo, y que la zona central, en toda su dimensión estratigráfica, está aún por descubrir. Tratemos de explicarnos: la cueva de Altamira es una gran caverna sometida a lo que los geo-espeleólogos llaman “proceso clásico” o hundimiento de la bóveda. En la génesis evolutiva de la cavidad, la corriente de agua que originó la cueva, hace ya mucho tiempo que abandonó ésta para buscarse un nuevo lecho a mayor profundidad. Sobrevino entonces una descalcificación progresiva del techo y paredes de la cavidad, lo que originó y éste es un proceso que aún continúa la separación de los estratos de caliza, especialmente de la bóveda y su posterior fractura, siguiendo las líneas de grietas, con el consiguiente desplome de bloques enteros. Se trata de un proceso normal en la vida de las cavernas pero en el caso de Altamira adquiere especial importancia debido a la naturaleza de la roca, perteneciente al

Fig. 2- Corte estratigráfico según Breuil y Obermaier.



Cenomanense-Turonense. Los estratos de caliza están separados entre sí por formaciones de carácter arcilloso, lo que facilita aún más el deshoje de los mismos, su agrietamiento y la consiguiente caída al suelo de enormes tableros de roca. Al igual que en otras cuevas, este fenómeno clásico se da en Altamira con mayor intensidad en las zonas más cercanas a la boca, pues su proximidad con el exterior las hace más vulnerables a los cambios de temperatura y humedad, y, en general, a la influencia de los agentes atmosféricos que favorecen la aceleración del proceso.

Con todo esto, queremos decir que en la entrada de la cueva de Altamira se viene produciendo, durante todo el Pleistoceno Superior, desde hace más de 100.000 años, una enorme cantidad de desprendimientos de la bóveda, que han ido recubriendo el suelo del vestíbulo y acortando progresivamente la gran visera que constituía la boca de la cavidad. Por otra parte, estos últimos 100.000 años coinciden con la época en que el hombre prehistórico ha vivido preferentemente en las cuevas y la zona escogida por él para su mansión habitual ha sido siempre la entrada, donde las condiciones de habitabilidad son mejores. Como consecuencia de todo ello, se produce, una interconexión entre el proceso de sedimentación de origen antropogénico acumulación de restos de comida, de la talla de piedra, etc. y el proceso geológico de deposición de grandes y pequeños bloques procedentes del techo y de tierras originadas por deslizamientos y acarreo. Tenemos aquí un caso muy similar a lo que ocurrió ha podido ser perfectamente constatado en el yacimiento de la Cueva del Castillo, que tiene hasta 18 m de profundidad. Su comparación resulta muy útil para entender lo sucedido en Altamira.

Hay que pensar, pues, en que, cuando el grupo humano empezó a ocupar Altamira, la cueva prolongaba su boca bastantes metros más hacia el exterior que hoy y entonces el suelo natural se hallaba a mayor profundidad en relación con la bóveda. Con la ocupación constante de la cueva y

la caída periódica de bloques se fue formando el yacimiento, hasta que llegó un momento, a finales del Paleolítico Superior, en el que techo y suelo se aproximaban tanto, que la ocupación humana se fue desplazando ligeramente hacia el interior de la cavidad, impulsada asimismo por el progresivo acortamiento del área vestibular. Esta ocupación corresponde en su parte más marginal a la zona que ha sido excavada por los prehistoriadores. Los últimos desprendimientos, que tuvieron lugar hace unos 10-12.000 años, obstruyeron del todo el acceso a la cueva; en consecuencia, los humanos la abandonaron definitivamente como lugar de habitación, aunque en diversas épocas hayan podido visitarla de forma esporádica, penetrando incluso en las galerías interiores, aunque con gran dificultad.

Quizá sorprenda a un lector no muy familiarizado con los estudios paleolíticos la convivencia entre la tranquila estancia del grupo humano en la cueva y la periódica caída de piedras desde el techo. En realidad éste es un hecho comprobado en otros muchos yacimientos paleolíticos, donde se dan circunstancias análogas, y cabe pensar que, tratándose de procesos muy lentos en el tiempo, podría darse el caso de que pasaran generaciones de ocupantes de la cueva sin que se hubieran producido los desplomes, mientras que las personas allí instaladas ignoraban que, en realidad, estaban asentadas sobre los restos de precedentes y catastróficas caídas anteriores.

Así es como nosotros vemos e interpretamos el yacimiento de Altamira, pero naturalmente, mientras no se realicen grandes excavaciones en el vestíbulo, cosa, por ahora, improbable y, quizá, ni siquiera aconsejable, no podrá comprobarse la realidad de esta hipótesis científica, a la que hemos llegado a través del estudio geológico de la cueva, de la naturaleza estratigráfica de la parte excavada del yacimiento, y de los hallazgos sueltos que aseguran la presencia del hombre prehistórico en el entorno de la cueva desde los tiempos del Paleolítico inferior.

En efecto, se ha recogido y estudiado una buena colección de piezas de tamaño grande, sobre

todo en cuarcita, que, fuera de toda estratigrafía, han aparecido de manera fortuita entre los limos y arcillas que subyacen a la capa vegetal en los alrededores más o menos próximos a la boca de la cueva. Consisten fundamentalmente en hachas de mano, bifaces, hachas de corte transversal (hendedores) y otras lascas retocadas y núcleos, que, dada su diversa pátina, y, sobre todo, su variada técnica, podrían pertenecer a distintos momentos del Achelense final, sin que haya que descartar en algún caso la atribución al Musteriense. Estamos, pues, ante un hecho comparable al de los niveles inferiores del gran yacimiento de El Castillo, lo que nos permite sospechar que los restos de tales culturas correspondientes a los confines entre el Paleolítico inferior y el Paleolítico medio, se hallarán bien estratificados en la base del, aún no descubierto, gran yacimiento de Altamira, sin que podamos asegurar que las piezas de la colección provengan de la erosión de tal yacimiento o simplemente de la presencia esporádica de hombres en torno a él.

Fig. 3- Área de excavación 1980 - 81.

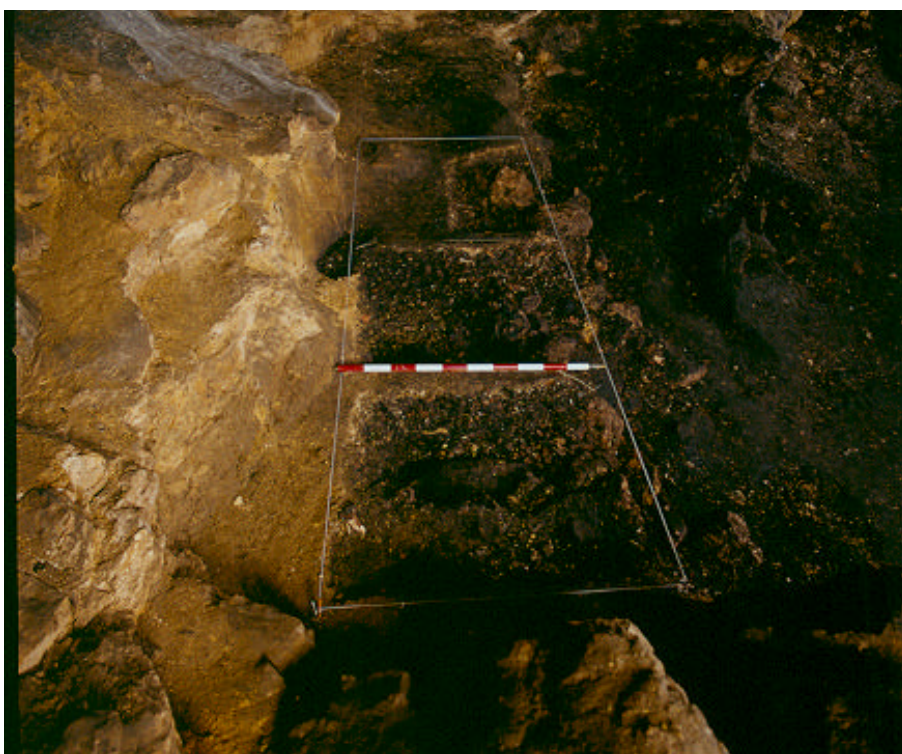




Fig. 4- Bifaz achelense de los Alrededores de Altamira.

Los últimos habitantes

El yacimiento hasta ahora excavado, y del que proceden las piezas bien situadas estratigráficamente, se limita a los niveles Solutrense y Magdaleniense, situados en el interior de la cavidad actual tras la barrera de derrubios que obstruyeron la boca. Su localización exacta corresponde a lo que en el argot de los guías de la cueva se ha designado como "cocina" en la sala vestibular, y a su prolongación hasta la llamada "Sala de pinturas", donde se encuentran los famosos polícromos.

La estratigrafía es como sigue de abajo a arriba, es decir, de más antiguo a más moderno. Existe un nivel "B" de ocupación humana, arqueológicamente fértil, que ha sido atribuido a la cultura del Solutrense superior. Tiene entre 30 y 35 cm de espesor y su coloración fluctúa entre un tono rojizo y un negro más intenso en la base. En la zona contigua a las pinturas rupestres, este nivel descansa directamente sobre el suelo rocoso de la cueva, mientras que, hacia el vestíbulo, lo hace sobre un caos de bloques, recubiertos, en parte, por una capa estalagmítica. Probablemente estén sellando, tal y como se ha señalado anteriormente, el grue-

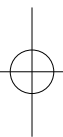
so yacimiento, que debe de contener los niveles de ocupación más antiguos del Paleolítico superior y medio. El hundimiento al que aludimos fue identificado por Obermaier con el número 5. El nivel arqueológico ha sido metódicamente excavado por Alcalde del Río y Obermaier. Durante su formación tuvieron, también, lugar algunos desprendimientos de la bóveda, cuyos bloques han sido identificados con el número 4.

Sobre el Solutrense reposa un nivel Magdaleniense "A", que alcanza un espesor de hasta 50 cm, compuesto por limos bastante arcillosos pero, por lo general, de un color negro intenso, que nosotros hemos dividido en 3 tramos. Este nivel presenta los restos complejos de algunas estructuras de hogares, de las que hablaremos más adelante y ha sido identificado como Magdaleniense inferior cantábrico (Magdaleniense III). Parece que durante su deposición volvió a producirse algún desprendimiento de bloques procedentes del techo (hundimiento 3). Este nivel arqueológico ha sido excavado por Alcalde del Río, por Obermaier y por nosotros. Una gran capa estalagmítica recubre el nivel descrito, y, sobre ella, se han depositado dos series de gruesos bloques caídos del techo, que constituyen los hundimientos llamados 2 y 1.

Las distintas dataciones de C-14 han dado para la ocupación solutrense una antigüedad de unos 18.500 años desde el presente, mientras que para el nivel magdaleniense las dataciones oscilan entre el 16.000 y el 14.000 en números redondos¹.

Cazadores solutrenses

Los datos referentes al Solutrense obtenidos en el yacimiento de Altamira a partir, principalmente, de las piezas halladas, nos ilustran mucho acerca de la vida de aquellos cazadores, profusamente esparcidos por toda la costa cantábrica. Disponían de un instrumental de piedra, en la mayoría de los casos de sílex, pero, también, de cuarcita y hasta de cristal de roca, que debió de resultar muy eficaz en orden a las necesidades de la vida cotidiana, como

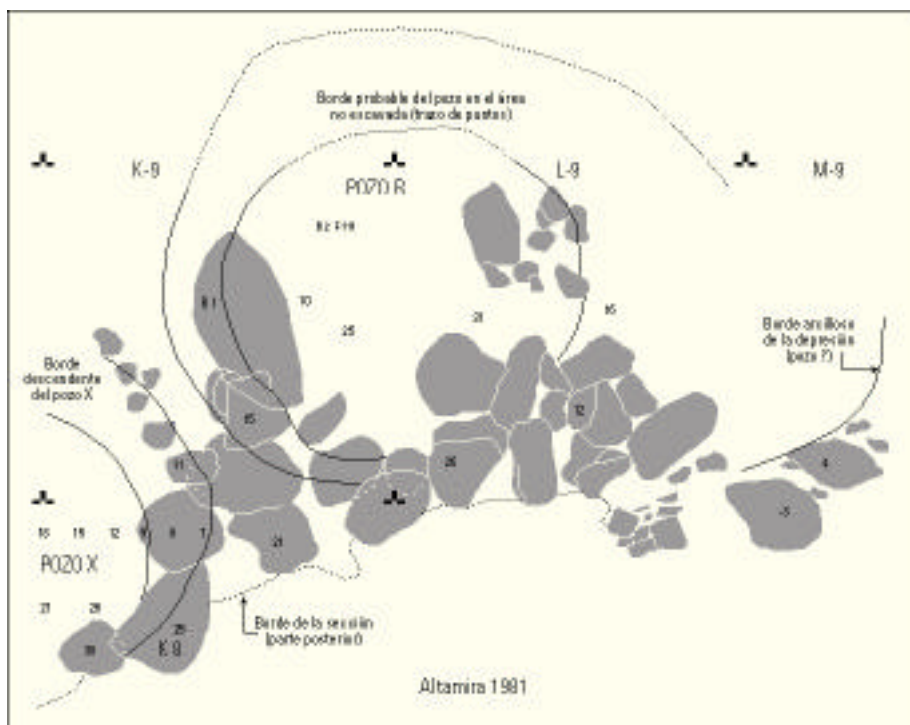


el trabajo de la madera, para el que se supone que servirían fundamentalmente los buriles, piezas que representan una cuarta parte de todo el instrumental de la colección. También eran abundantes los raspadores, teóricamente relacionados con el tratamiento ulterior de las piezas de caza para su aprovechamiento, los cuales constituyen un porcentaje similar, aunque resulta muy significativa la presencia de útiles con el típico retoque escamoso solutrense, obtenido por presión. La mayoría de estos útiles pertenece al grupo de “proyectiles”, es decir, puntas de arma arrojadiza, en todas sus modalidades: puntas de cara plana, hojas de “laurél” y de “sauce”, puntas de muesca y de base cóncava, destinadas, sin duda, preferentemente a la caza. También hay evidencias de que el lugar sirvió de taller, tanto por las esquirlas y materiales de desecho, como por la presencia de compresores para obtener el retoque a presión. Hay que señalar igualmente la existencia de perforadoras, cuchillos de sílex y otros utensilios semejantes.

La industria ósea está, quizá, más pobremente representada, pero no faltan buenas azagayas de asta de ciervo, incluso, de marfil, generalmente de sección circular y con un bisel, unas veces en la base y, otras, desplazado hacia el centro de la pieza. Su uso está relacionado también con la caza. Hay, asimismo, restos de las cuentas de un collar, consistentes en plaquitas de hueso decoradas y perforadas.

La presencia bastante abundante de materias colorantes, por lo general de óxido de hierro, que ofrecen distintos tonos de rojo, amarillo y blanco, nos ilustra acerca de la utilización de pintura, posiblemente aplicada sobre el cuerpo, como, también, sobre las paredes de la cueva, en la realización de obras pictóricas.

El Solutrense de Altamira es comparable, por su industria, al Solutrense de Las Caldas, La Riera y Cueto de la Mina en Asturias, es decir, se aproxima más, en líneas generales, al grupo asturiano, que al del País Vasco. Evidentemente parece estar en estrecha conexión con los yacimientos cántabros de La Pasiega y Hornos de la Peña, si bien, en



este caso, los elementos comparativos resultan menos significativos, al tratarse de yacimientos más pobres.

Los solutrenses de Altamira, a juzgar por los restos óseos recogidos en el yacimiento, cazaron preferentemente ciervos, después, caballos salvajes y los grandes bóvidos, probablemente bisontes. Hay también, en menores proporciones, otros restos de fauna de mamíferos, como la cabra montés, el rebeco, el jabalí o el reno, a los que hay que añadir el oso, el zorro y una foca. También practicaron el marisqueo en el litoral marino, pues aparecen conchas de lapas (*Patella vulgata*) y caracoles de mar (*Littorina littorea*)².

Cazadores y pescadores magdalenenses

El nivel correspondiente a la ocupación magdalenense nos es mejor conocido, especialmente debido a las modernas excavaciones que realizamos en el yacimiento. La industria lítica característica está casi exclusivamente trabajada sobre sílex, puesto que la cuarcita se reserva sólo para

Fig. 5- Plano de las estructuras magdalenenses (campana 1980 - 81).

instrumentos grandes y toscos. Los útiles del tipo “raspador” son muy abundantes, constituyendo más del doble que los del tipo buril. No hay demasiadas piezas con retoque marginal y el número de perforadoras es, en esta época, algo más significativo. Existen también hojas con filo cortante, que debieron de ser utilizadas como cuchillos. El trabajo de taller fue realizado *in situ*, a juzgar por razones análogas a las indicadas para el Solutrense, aunque, en este caso, naturalmente están ausentes las técnicas de retoque a presión, típicas del Solutrense.

En cuanto a la industria ósea, el Magdaleniense de Altamira es particularmente rico, habiendo proporcionado un elevado número de azagayas, o puntas de proyectil, entre las que no sólo se cuentan los ejemplares de sección circular, sino también, y preferentemente, aquellos de sección rectangular, con frecuencia decorados con grabados geométricos y presentando un amplio bisel en la base para facilitar su acoplamiento al vástago, o caña, del arma arrojadiza. Destacan, así mismo, las espátulas y las

agujas de hueso con orificio, destinadas, estas últimas, al cosido de prendas de vestir, lo cual indica que los vestidos, hechos de piel o de cuero, habían llegado a un grado de gran sofisticación, a la manera de los que han utilizado hasta hace no mucho algunos pueblos de la zona boreal, así como los indios de Norteamérica. Son frecuentes los hallazgos de materias colorantes, incluso se han recogido cantos rodados con restos de pinturas.

La industria lítica y ósea nos permite clasificar esta ocupación humana como perteneciente al Magdaleniense antiguo de la región. Es perfectamente comparable en cultura y datación con el Magdaleniense de la cueva del Juyo especialmente con el nivel 8 de ese yacimiento, si bien la escasez de hojitas de borde rebajado un útil de mínimo tamaño destinado a formar parte del filo de otro mayor, que debidamente enmangado serviría para cortar sugiere, en nuestro caso, la existencia de una “facies” peculiar, más directamente emparentado con el Magdaleniense inferior nivel 8 de la Cueva del Castillo.

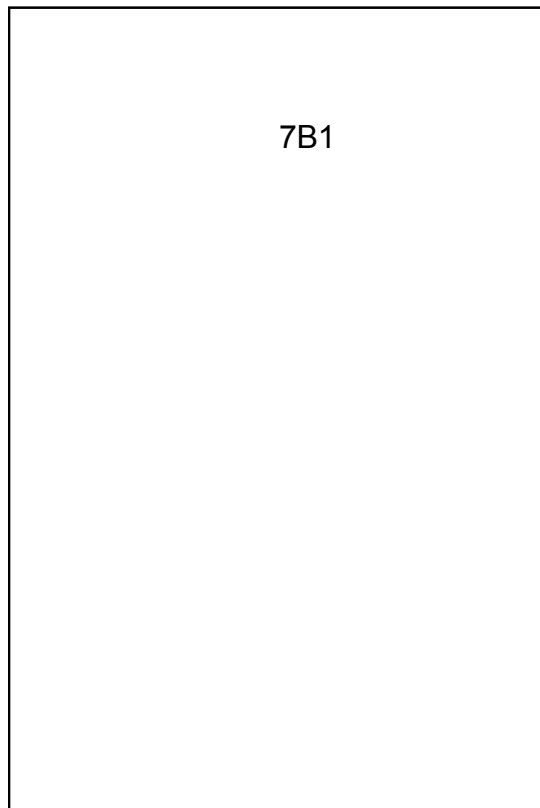


Fig. 6- Puntas líticas solutrenses.

Los animales capturados por los magdalenenses de Altamira están representados por los restos óseos recogidos en el yacimiento³. La especie más abundante es el ciervo, seguida por un gran bóvido probablemente, el bisonte, menos numeroso que en el nivel solutrense, y especialmente por el corzo. Hay también restos menos representativos de caballo, rebeco, cabra montés, oso, lobo, zorro y liebre. Particularmente abundantes son las conchas de moluscos marinos, que, muchísimo más numerosas que en el nivel anterior, llegan a formar verdaderos depósitos. Las especies representadas son la lapa común, algunos de cuyos ejemplares son de gran tamaño (*Patella vulgata*, var. *sautuolae*) y los caracoles marinos. Asimismo se han recogido restos de crustáceos y conchas de vieiras. También hay bastantes restos de peces, sobre todo, salmones y truchas, que, a juzgar por sus características, permiten sospechar que a las piezas capturadas se les solía arrancar la espina dorsal en el lugar de la pesca, y se les transportaba a la cueva, posiblemente ya secas y ahumadas.

Han aparecido, así mismo, dientes de caballo y de gran bóvido perforados, probablemente para servir como cuentas de collar, y en una de las galerías del interior de la cueva, se recogieron tres grandes conchas de vieira perforadas intencionadamente para ser suspendidas en forma de colgantes que debieron de haber sido escondidas debajo de una roca. Aunque, naturalmente, están fuera de estratigrafía, podrían ser atribuidas también al Magdaleniense.

Sobre la vida y las actividades de los magdalenenses en el yacimiento de Altamira hemos podido recuperar algunos datos de interés. Sabemos, después de las excavaciones de 1980-81, que los ocupantes de la parte del yacimiento excavada, en sus tramos más alejados del techo de pinturas, no sólo se dedicaron a instalar simples hogares para calentarse y asar los alimentos, sino que utilizaron un sistema peculiar, cuyas características hemos podido reconstruir al menos en dos casos. Se trata de cocer los alimentos recubriéndolos de tierra. El grupo humano que acampaba en la cueva *construyó* un pequeño pozo circular de aproximadamente 1 m de

diámetro y 0,35 m de profundidad, reforzó sus paredes con piedras, encendió fuego en el interior, depositó piedras pequeñas sobre las brasas y, sobre ellas extendió y cubrió los moluscos y la carne que pretendió cocinar. Cuando éstos estaban ya cocinados, abrió el *horno* por arriba, extrajo la comida y volvió a recubrirlo todo con tierra y escombros, para proceder, más tarde, a una operación similar, algo más allá, aunque, en un segundo momento se volvió a utilizar el primer pozo para los mismos menesteres. Afortunadamente para los arqueólogos, la construcción de estos *pozos-horno* no implicó una mezcla de niveles, pues los restos revueltos pertenecían en su totalidad a un potente estrato magdalenense, cuya deposición, según todos los indicios, había ocurrido, además, de forma muy rápida en el tiempo, hecho que descarta, incluso, posibles mezclas dentro de un mismo período.

Yacimiento y arte rupestre

Las dos ocupaciones humanas de Altamira coinciden precisamente con los dos momentos en que la cueva fue utilizada como santuario, y cuando se pintaron o grabaron sobre sus paredes y techos las obras de arte que constituyen su principal patrimonio. En los aspectos principales se sigue aún admitiendo la clasificación cronológica del arte paleolítico establecida por A. Leroi-Gourhan, que, aplicada al conjunto artístico de Altamira, supone la existencia, al menos, de dos momentos, en los que se realizaron las principales manifestaciones artísticas de la cueva. Estos dos momentos corresponderían, siguiendo criterios estilísticos, a los periodos Solutrense y al Magdaleniense inferior. Al primero de ellos habría que atribuir la mayoría de las pinturas de las galerías de la cueva, la *serie negra*, y, al segundo, el gran techo de la llamada Sala de Pinturas o de polícromos.

Hoy en día, a los criterios estilísticos hay que añadir las dataciones cronológicas obtenidas por el método AMS del Carbono-14 sobre muestras procedentes de las pinturas. En efecto, la datación más

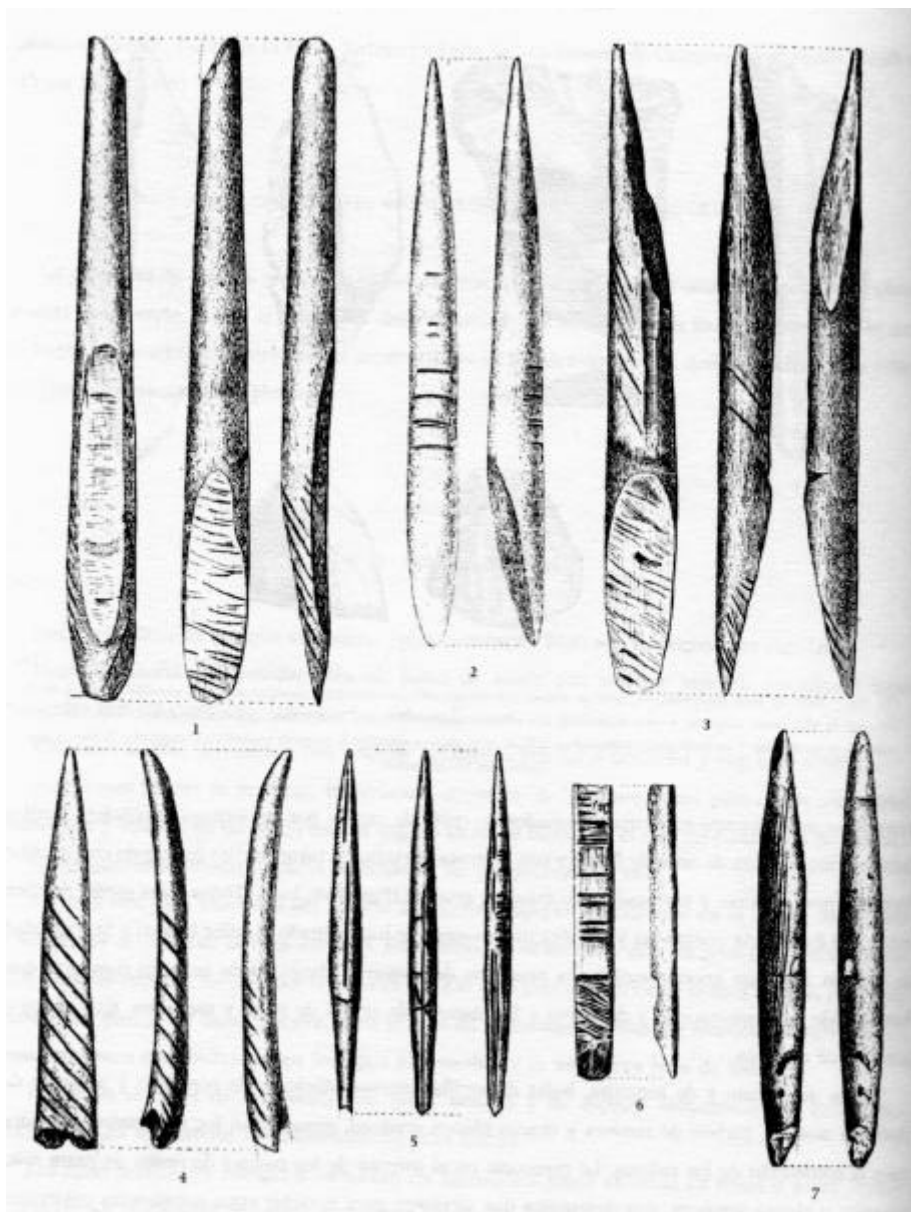


Fig. 7- Azagayas del Solutrense.

antigua, correspondiente a un trazo de pintura negra en la última galería de la cueva se remonta al año 16.480 ± 210 B.P., mientras que la media de las varias dataciones obtenidas sobre los policromos de la Sala de Pinturas se sitúa en torno al año 14.425 antes del presente. Estas fechas vendrían a corresponder a las de los dos períodos paleolíticos de la región, es decir, al Solutrense final y al Magdaleniense antiguo, y, en líneas generales, no están en desacuerdo con las dataciones obtenidas sobre objetos procedentes del propio yacimiento de Altamira, como ya hemos visto. Un omóplato

grabado del Magdaleniense, por ejemplo, ha dado la fecha 14.480 ± 250 B.P.

No es éste el lugar para presentar una exposición detallada de la cronología que nosotros atribuimos a los distintos conjuntos de Altamira, lo que ya hemos realizado en nuestra obra citada, y a ella remitimos al lector interesado. Señalaremos, sin embargo, un hecho que, sin duda, revaloriza aún más el yacimiento de Altamira, y reafirma las consideraciones cronológicas a las que nos referimos. Se trata del hallazgo en el nivel Magdaleniense de varios huesos, preferentemente omóplatos de

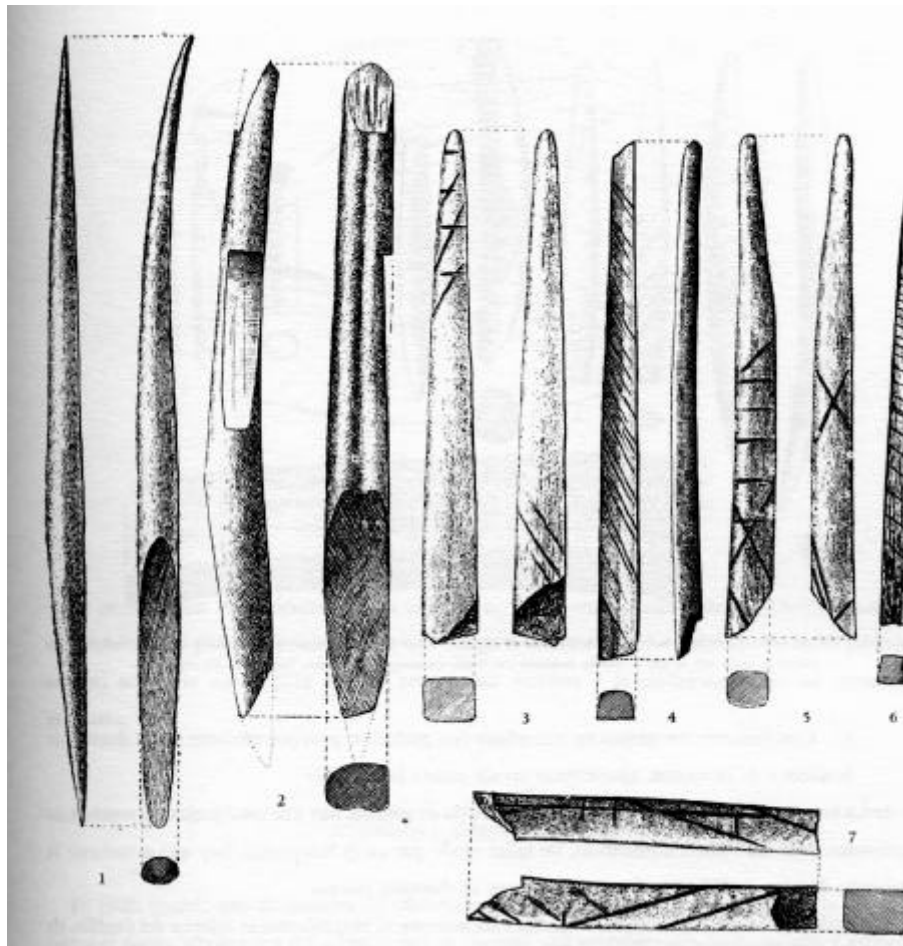


Fig. 8- Azagayas del Magdaleniense.

ciervo con grabados naturalistas que representan animales, la mayoría ciervos. Estos han sido revisados y estudiados a fondo por I. Barandiarán⁴. Los más representativos son 6 fragmentos de omóplatos con dibujos de ciervas, en la mayoría de los casos, sólo cabezas con cuellos, todos ellos de gran belleza y con un estilo inconfundible caracterizado por la búsqueda del relieve mediante un sombreado obtenido a base de múltiples rayas muy finas. Es una técnica característica del Magdaleniense inferior cantábrico, que se observa, así mismo, en otros yacimientos, como El Castillo y El Juyo.

Hay grabados rupestres en las paredes de Altamira y El Castillo que corresponden exactamente al mismo estilo y a la misma técnica, lo que refuerza el parentesco y la contemporaneidad, e, incluso, tal vez, la propia identidad, entre los artistas que

decoraron las paredes de la cueva y quienes vivían en el yacimiento de entrada a la misma.

Así mismo, han aparecido en Altamira, algunas piezas de asta del tipo conocido como “bastones de mando”, uno de ellos con dos cabezas de toro y sendos cuerpos de cérvidos. Hay que citar, también, una varilla con una cabeza de cérvido, una costilla con la representación de una cabra y un punzón con una cabeza de cierva. Además, existe en otras piezas una profusa decoración basada en motivos no figurativos que, en algunos casos, puede recordar a los signos que aparecen en las paredes y techos de la cueva.

Ha sido Jesús Altuna quien ha llamado la atención sobre la distinta proporción de especies animales que aparecen representadas en el arte parietal y en los restos de comida procedentes del yacimiento de las mismas cuevas. Este autor lo puso de mani-

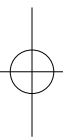


Fig. 9- Omóplato decorado con cabeza de cierva en trazo estriado.

fiesto y subrayó su importancia, especialmente en la cueva de Ekaín⁵. El caso se repite en Altamira, tal y como el autor explica en un capítulo de este mismo libro. Para ceñirnos sólo al Magdaleniense, al que la atribución de ciertas pinturas parece más segura, señalaremos que aproximadamente un 75 % de las figuras magdalenenses en la llamada “Sala de Pinturas” o de los policromos son bisontes, frente a sólo un 9 % de caballos y un 12 % de ciervos. Sin embargo, según Altuna y Straus⁶, el número de grandes bóvidos en el yacimiento sólo representaría el 12,5 %, igual que los caballos, mientras que los ciervos supondrían un 59,4 %. No obstante, cualquier conclusión en este tema resulta muy peligrosa por lo que a Altamira se refiere, pues sí, en vez de contar únicamente las pinturas y ciertos grabados relevantes afines, tenemos también en cuenta otros muchos grabados que aparecen en conexión con aquellos (debajo o encima), los resultados son muy diferentes, ya que entonces los bisontes no representan más que aproximadamente el 43 %; los caballos el 9 %,



Fig. 10- Cierva grabada con trazo estriado de la galería III.



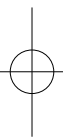
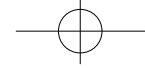


Fig. 11- Caballo pintado en la galería X.

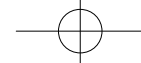
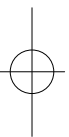


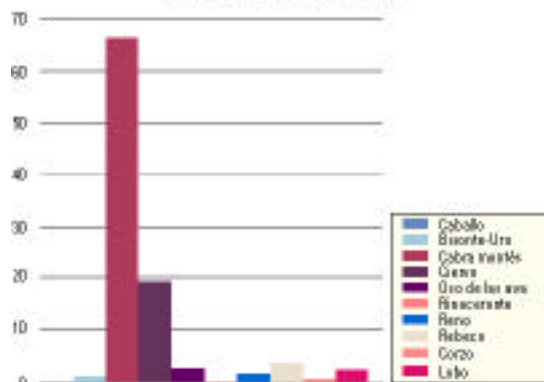
Fig. 12- Bisonte policromo.



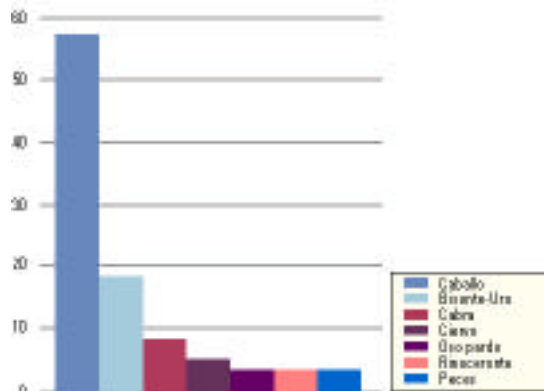
mientras que los ciervos llegan al 45 %, sobrepasando, por tanto, el número de bisontes.

La importancia de esta atinada observación de Altuna tiene que ver con el hecho de que no hay necesariamente una adecuación entre los animales que representaba el hombre paleolítico y los que comía. Ello no quiere decir, sin embargo, que los que dibujaba no existieran o fueran raros en el medio ambiente del momento, sino que se trataba de especies que no constituían el blanco normal de sus cacerías, bien fuera por la dificultad o peligro que entrañaba su captura, porque su carne no era la preferida, o, incluso, porque estaba vedada parcialmente por razones de tipo religioso, sin olvidar el hecho de que las piezas de caza pequeñas, como los ciervos, podían ser trasladados a la cueva en su integridad, mientras que las presas grandes debieron de ser descuartizadas *in situ* en el mismo cazadero. En cualquier caso, ello nos induce a pensar que la explicación última del significado del arte rupestre no reside necesariamente en la caza, suponiendo que obedece a prácticas de magia simpática, según se creía, sino que debe de estar en relación con otras motivaciones de carácter religioso, cuyo sentido tiende a escapárse nos, dado nuestro alejamiento en el tiempo de la mentalidad de los hombres del Paleolítico. La incidencia, no obstante, de especies animales de gran consumo, como los cérvidos, en los omóplatos grabados, y el hecho de que, con frecuencia, tales omóplatos aparezcan quemados o rotos intencionadamente, podría ilustrarnos sobre prácticas adivinatorias y mágicas relativas a la caza la llamada escapulimancia comprobadas en ciertos pueblos cazadores que han llegado hasta finales del siglo XIX.

Fauna cazada en el Magdaleniense superior de la Cueva de Ekain.



Figuras animales representadas en la Cueva de Ekain.



Notas

¹ Para una ulterior precisión en las dataciones, véase Freeman, L. G. y González Echegaray, J., 2001.

² Altuna J., en este mismo volumen.

³ *Ibid.*

⁴ Barandiarán Maestu, I., 1973.

⁵ Altuna, J., 1984, Pp. 281-286; 1994 y 1997.

⁶ Altuna, J. Y Straus, L. G., 1976, Pp. 175-182.